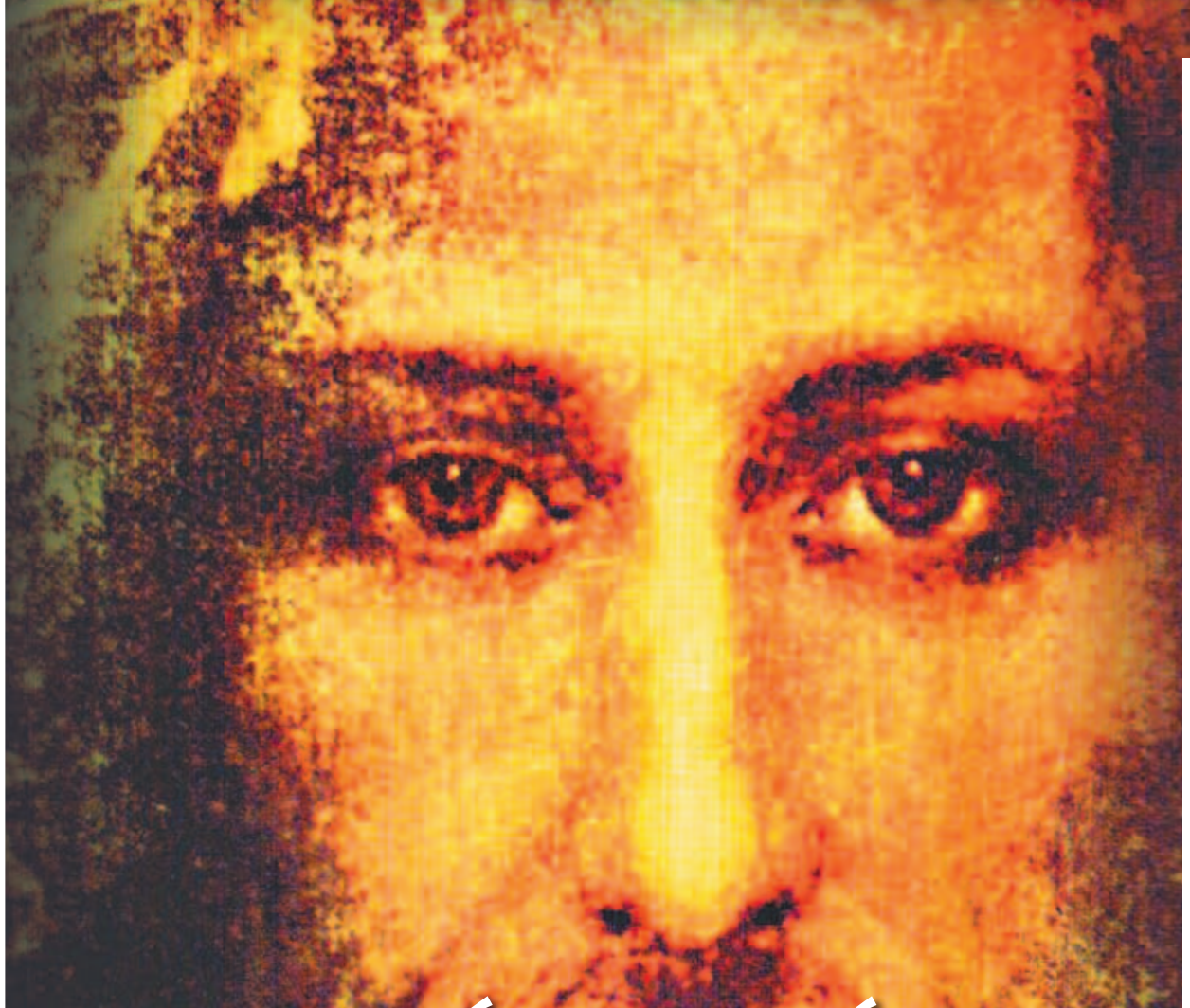
AÑO DE LA FE

A MOVER MONTAÑAS

ESPECIAL DE LA IGLESIA DE SANTIAGO EN EL AÑO DE LA FE



Y TÚ, ¿QUIÉN DICES QUE SOY?

"Los discípulos iban en la barca, cuando arreció el viento y temían hundirse. Despertaron a Jesús, quien con su palabra calmó la tempestad. Quedaron impresionados y se preguntaban: «¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mc 4,41). Al contemplar las acciones del hombre que seguían, surgía en ellos la pregunta acerca de su identidad: ¿Quién es Jesús? Es la misma pregunta que debieron hacerse los discípulos tantas veces: ¿Quién es éste que acoge a los pecadores? ¿Quién es éste que enseña con autoridad? ¿Quién es éste que pasa la noche en oración a su Padre? ¿Quién es éste que llama a su seguimiento con tanta radicalidad? ¿Quién es éste que se atreve a corregir la ley de Moisés? ¿Quién es éste que anuncia la Buena Noticia a los pobres? ¿Quién es éste que perdona los pecados, sana a los enfermos y entrega el Espíritu Santo?

Hoy, en este número de "A Mover Montañas", quisiéramos también hacernos estas preguntas, resumir sus respuestas, a la luz de los evangelios y la tradición de la Iglesia, y finalmente hacer una más: ¿Quién es para ti Jesús? Según el Papa Benedicto, "el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro".

En este Año de la Fe, la invitación es a pensar muy bien en la respuesta.

TWEETS DEL PAPA

Muy a tono con los tiempos, apenas asumió, el Papa Francisco inició la escritura casi diaria de mensajes breves a través de @pontifex_es, su cuenta oficial de twitter. Les compartimos algunos de los tweets en que menciona a Jesús:

En el Año de la Fe propongámonos hacer cada día algo concreto para conocer mejor a Jesucristo. (13 de julio)

Si queremos seguir a Jesús de cerca, no podemos buscar una vida cómoda y tranquila. Será una vida comprometida, pero llena de alegría. (10 de julio)

No se puede vivir como cristianos fuera de la roca que es Cristo. Cristo nos da solidez y firmeza, y también alegría y serenidad. (2 de julio)

Si Jesús es el sentido de nuestra vida, no podemos permanecer indiferentes ante quien sufre, ante quien está triste. (22 de junio)

La Iglesia nace del gesto supremo de amor de Jesús en la Cruz, de su costado abierto. La Iglesia es una familia donde se ama y se es amado. (29 de mayo)

Que hermosa es la mirada de Jesús sobre nosotros, cuánta ternura. No perdamos nunca la confianza en la paciente misericordia de Dios. (7 de abril)

Acoge a Jesús resucitado en tu vida. Aunque te hayas alejado, da un pequeño paso hacia él: te está esperando con los brazos abiertos. (31 de marzo)

IGLESIA DE SANTIAGO

VICARÍA GENERAL DE PASTORAL

Jesús y su Padre

Para Jesús, la paternidad es la característica principal de Dios. Si nos fijamos en sus propias palabras, cada vez que habla con Dios lo llama Padre: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra» (Mt 11,25), y sobre todo en el huerto de los olivos, en su oración, Jesús dice: «¡Abbá, Padre!, todo es posible para ti» (Mc 14,36). Así, en su oración llama a Dios «Abbá», que significa, «Papá», o «Papito», que expresa un trato de máxima confianza. Esta misma confianza y cercanía se expresa en la frecuente oración de Jesús. Él no sólo enseña a rezar e insiste en la importancia de la oración, sino que muchas veces los evangelios lo presentan rezando: «Pero él se retiraba a los lugares solitarios, donde oraba» (Lc 5,16); «Sucedió que por aquellos días se fue él al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios» (Lc 6,12); «Después de despedirse de ellos, se fue al monte a orar» (Mc 6,46).

Por otra parte, esa relación filial de Jesús con Dios, implica que toda su actividad está orientada por la voluntad del Padre. En especial, en el evangelio de San Juan, Jesús insiste: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4,34); «Yo no puedo hacer nada por mi cuenta» (Jn 5,30); «Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado» (Jn 7,16); «El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado; y el que me ve a mí, ve a aquel que me ha enviado» (Jn 12,44-45). De este modo, Jesús, como Hijo, en la plena comunión con el Padre, busca coordinar su vida con voluntad del Padre y, así, reflejar su rostro; por eso puede decir: «El que me ve a mí, ve al Padre» (Jn 14,9).

Además, la misma existencia de Jesús, en particular su autoridad y su manera de enfrentar su vida y su muerte, sólo se explican a partir de una relación filial y amorosa con Dios, su Padre. Es decir, la estrecha comunión con su Padre es la fuente de la libertad con que Jesús enseña con autoridad, corrige la Ley de Moisés, se sienta a la mesa con los pecadores, anuncia el Evangelio a los pobres y, sobre todo, enfrenta el dramático desenlace de su vida. De este modo, para Jesús, su vinculación con el Padre es fuente de libertad.

Esta estrecha relación con Dios Padre, que es única, hace que Jesús sea el único que puede transmitir a los hombres y mujeres de todos los tiempos el verdadero conocimiento de Dios, que es Padre. Así lo afirma en el evangelio: «Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27).

CREO EN JESUCRISTO: ¿QUIÉN DICE LA GENTE QUE SOY YO?

No podemos viajar en «la máquina del tiempo», pero podemos conocer a Jesús, un hombre de hace dos mil años, porque hubo una comunidad que creyó en él y que lo recordó. Esta comunidad, la Iglesia, inicialmente sólo predicó, pero pocos años después, fue poniendo por escrito los relatos, con una especial asistencia del Espíritu Santo que asegura que estos textos nos permiten realizar un auténtico encuentro con Jesús.
¿Qué nos dicen los evangelios acerca de Jesús?

CREER EN JESUCRISTO, HOY

Este año estamos invitados a profundizar nuestra fe. Cada domingo, en el Credo, decimos: «Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen». Pero, ¿qué significa eso?, ¿cuál es el contenido fundamental de nuestra fe en Jesucristo? Esta frase del Credo implica dos afirmaciones: que Jesucristo es verdadero Dios, pues es el Hijo único de Dios, y que Jesucristo es verdadero hombre, pues es el Hijo de María. Entonces, Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. ¿Y qué consecuencias tiene esto? Afirmar que Jesucristo, a la vez, es plenamente divino y plenamente humano implica que no hay contradicción entre divinidad y humanidad, es decir, entre Dios y el ser humano. Pero esta afirmación, desde los comienzos del cristianismo, ha tenido dificultades. Mientras para algunos creyentes, si Cristo era Dios, entonces no podía ser verdadero hombre; para los otros, si realmente era hombre, entonces no podía ser Dios. Esa misma tensión se vive hoy: mientras algunos cristianos, para afirmar la humanidad de Jesús tienden a ocultar o diluir su divinidad; otros, por el contrario, que no dudan de su divinidad, tienden a negar su verdadera humanidad: piensan en un Cristo etéreo, que no participa realmente de nuestra propia vida humana. Pero, ¿por qué tanta dificultad para aceptar la fe en Jesucristo? El problema es que nuestra idea de Dios y nuestra idea de hombre son limitadas. Es decir, si pensamos que lo humano es lo contrario de lo divino, o si creemos que Dios es adversario del hombre, o creemos que para que algo sea muy divino debe ser muy poco humano, o si suponemos que para ser muy humano hay que apartarse de Dios, entonces, nos parece imposible que una misma persona sea Dios y hombre a la vez. Por ello, la novedad de la encarnación nos impulsa a renovar nuestra idea de Dios y nuestra idea de hombre. ¿Cómo realizar este camino? ¿Qué pasos seguir? Si en Cristo encontramos la plenitud de la divinidad y la plenitud de la humanidad, entonces, encontramos el verdadero rostro de Dios y el verdadero rostro del ser humano. A la luz de Jesús de Nazaret, debemos renovar, es decir, enriquecer y corregir, nuestra idea de Dios y nuestra idea de hombre.

¿Cuál es esta idea de Dios? El propio Jesús dijo: «El que me ve a mí, ve al Padre» (Jn 14,9), estas palabras nos invitan a renovar nuestras ideas: Dios es tal como se muestra en Jesús, su Hijo. Es decir, es un

Dios que es comunión, que es capaz de compadecerse y que, en definitiva, es Amor.

¿Cuál es esta idea de hombre?

Si en Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, encontramos la plenitud de la humanidad, entonces Jesús se presenta como modelo para toda la humanidad. El seguimiento de Cristo, aún el más radical, no es destrucción, sino cumplimiento de la propia vocación humana. No hay que optar entre lo cristiano y lo humano, porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, demuestra que lo auténticamente cristiano y lo auténticamente humano coinciden.

¿Cuál es entonces la manera más auténticamente humana de vivir la vida? Debemos responder mirando a Jesús, en los evangelios. Jesús vivió en plena apertura a Dios, su Padre, coordinando su propia voluntad con la voluntad del Padre; en total disponibilidad para dejarse guiar por el Espíritu Santo, que lo conducía en su vida; y en completa entrega a los demás, como el que no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos: este es también nuestro camino. Por eso, tal como después de la parábola del buen Samaritano, Jesús nos dice: «Ve, y haz tú lo mismo» (Lc 10,37).

Jesús y el Espíritu

Los evangelios también nos presentan a Jesús vinculado con el Espíritu Santo. La actividad de Jesús está marcada por su presencia activa. Los evangelios nos transmiten que, después de que fue bautizado, descendió sobre él el Espíritu, en forma de paloma, y se escuchó la voz del Padre: «Éste es mi Hijo». De esta manera, así como Jesús es el Hijo del Padre, también es el Ungido por el Espíritu Santo. De hecho, en su ministerio es clara esta presencia: "Jesús, lleno: «Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y era conducido por el Espíritu en el desierto» (Lc 4,1); «Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu, y su fama se extendió por toda la región» (Lc 4,14). Incluso, en San Marcos se dice: «El Espíritu arrastró a Jesús al desierto» (Mc 1,12).

Cuando Jesús da a conocer su propia identidad y su propia misión, afirma que su ministerio está sostenido por el Espíritu Santo; así lo manifiesta en la Sinagoga de Nazaret: «El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19). De esta manera, Jesús desarrolla su misión movido por el Espíritu. Sus prédicas, las curaciones milagrosas, las expulsiones de demonios, su modo de enseñar y de acercarse a las personas, en especial a los pobres y excluídos, están marcados por la presencia del Espíritu. De hecho, cuando los discípulos regresaron de la misión: «En aquel momento, Jesús se llenó de gozo en el Espíritu Santo» y elevó una oración al Padre (Lc 10,21).

Así como Jesús nos permite participar de la filiación con el Padre, es decir, nos hace hijos de Dios, así también nos permite participar del don del Espíritu. El propio Jesús, en la última cena, promete este don a sus discípulos: «Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí» (Jn 15,26).

Jesús y los demás

Jesús está abierto al Padre y se deja guiar por el Espíritu Santo, es decir, no está centrado en sí mismo. Esta cualidad tan característica, que refleja la misma vida de Dios que es comunión trinitaria, se manifiesta también en su relación con los demás. Mientras Adán, en el libro del Génesis, siendo de condición humana, no reconoció la maravilla de centrarse en Dios", es decir, no quiso ser hijo, sino que, desobedeciendo, quiso igualarse con Dios, se exaltó a sí mismo y por eso arruinó su vida; el Señor Jesús, por el contrario, siendo de condición divina, no se aferró a ser igual a Dios, sino que se abrió a acogerlo plenamente obedeciendo hasta la muerte, y por eso fue exaltado (Flp 2,6-11). De esta manera, el verdadero modelo del hombre no es Adán, sino Jesús. Esta nueva relación con Dios, basada en la paternidad, funda nuevas relaciones humanas, porque muestra que el otro no es mi adversario, ni mi competidor, sino mi hermano. Esta nueva manera de relacionarse con los demás es el corazón del reino predicado y realizado por Jesús.

De este modo, toda la vida de Jesús se puede entender como la historia de la donación de sí mismo. ¿Qué hizo Jesús a lo largo de su vida? Se entregó a los demás, unido a Dios, su Padre, e impulsado por el Espíritu Santo: cuando caminaba, cuando predicaba el reino, cuando sanaba enfermos, cuando enseñaba, cuando se sentaba a la mesa con los pecadores, etc., no hacía otra cosa que darse a los demás; se dio a sí mismo en la última cena y se dio de modo definitivo en la cruz, y la respuesta del Padre fue la resurrección. San Pedro resume la vida de Jesús diciendo: «Pasó haciendo el bien» (Hech 10,38) y el propio Jesús afirma: «No he venido a ser servido, sino a servir y a dar mi vida en rescate por todos» (Mc 10,45).

IGLESIA DE SANTIAGO

¿QUÉ TENGO YO, QUE MI AMISTAD PROCURAS?

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía»!

¡Y cuántas, hermosura soberana,
«mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

Lope de Vega

Los nombres de Jesús

El nombre de Jesús significa "Dios salva". El niño nacido de la Virgen María se llama "Jesús" "porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1, 21); "No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos" (Hch 4, 12).
El nombre de Cristo significa "Ungido", "Mesías". Jesús es el Cristo porque "Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder" (Hch 10, 38). Era "el que ha de venir" (Lc 7, 19), el objeto de "la esperanza de Israel"(Hch 28, 20).
El nombre de Hijo de Dios significa la relación única y eterna de Jesucristo con Dios su Padre: Él es el Hijo único del Padre (cf. Jn 1, 14. 18; 3, 16. 18) y Él mismo es Dios (cf. Jn 1, 1). Para ser cristiano es necesario creer que Jesucristo es el Hijo de Dios (cf. Hch 8, 37; 1 Jn2, 23).
El nombre de Señor significa la soberanía divina. Confesar o invocar a Jesús como Señor es creer en su divinidad "Nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por influjo del Espíritu Santo"(1 Co 12, 3).
(Catecismo de la Iglesia Católica)

¿Y tú, quién dices que soy? ¿Qué significo para ti y qué lugar ocupo en tu vida?

CONOCER A CRISTO

Diálogo entre un recién convertido a Cristo y un amigo no creyente:
— «¿De modo que te has convertido a Cristo?». «Sí».
— «Entonces sabrás mucho sobre él. Dime: ¿en qué país nació?».
— «No lo sé».
— «¿A qué edad murió?». «Tampoco lo sé».
— «¿Sabrás al menos cuántos sermones pronunció?».
— «Pues no ... No lo sé».
— «La verdad es que sabes muy poco, para ser un hombre que afirma haberse convertido a Cristo...». .
— «Tienes toda la razón. Y yo mismo estoy avergonzado de lo poco que sé acerca de Él. Pero sí que sé algo: Hace tres años, yo era un borracho.. Estaba cargado de deudas. Mi familia se deshacía en pedazos. Mi mujer y mis hijos temían como un nublado mi vuelta a casa cada noche. Pero ahora he dejado la bebida; no tenemos deudas; nuestro hogar es un hogar feliz; mis hijos esperan ansiosamente mi vuelta a casa cada noche. Todo esto es lo que ha hecho Cristo por mí. ¡Y esto es lo que sé de Cristo!».

(Anthony de Mello, El Canto del Pájaro)

¿Hizo Jesús milagros o son sólo cuentos piadosos?

Jesús hizo verdaderos milagros, así como los apóstoles. Los autores del Nuevo Testamento se refieren a sucesos reales. Ya las fuentes más antiguas nos informan de numerosos milagros, incluso de resurrecciones de muertos, como confirmación del anuncio de Jesús: «Pero si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios» (Mt 12,28). Los milagros sucedieron en lugares públicos, las personas afectadas eran conocidas a veces incluso por su nombre, por ejemplo el ciego Bartimeo (Mc 10,46-52) o la suegra de Pedro (Mt 8,14-15). También hubo milagros que representaban para el entorno judío delitos escandalosos (por ejemplo la curación de un paralítico en sábado, la curación de leprosos), y que, sin embargo, no fueron negados por los judíos contemporáneos de Jesús. (Youcat)

¿Dónde está la llave para entrar al Reino?

El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir, a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para "anunciar la Buena Nueva a los pobres" (Lc 4, 18; cf. Lc 7, 22). Los declara bienaventurados porque de "ellos es el Reino de los cielos" (Mt 5, 3); a los "pequeños" es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes (cf. Mt 11, 25). Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres; conoce el hambre (cf. Mc 2, 23-26; Mt 21,18), la sed (cf. Jn 4,6-7; 19,28) y la privación (cf. Lc 9, 58). Aún más: se identifica con los pobres de todas clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino (cf. Mt 25, 31-46). Jesús invita a los pecadores al banquete del Reino: "No he venido a llamar a justos sino a pecadores" (Mc 2, 17; cf. 1 Tim 1, 15). Les invita a la conversión, sin la cual no se puede entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con hechos la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos (cf. Lc 15, 11-32) y la inmensa "alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta" (Lc 15, 7). La prueba suprema de este amor será el sacrificio de su propia vida "para remisión de los pecados" (Mt 26, 28).
(Catecismo de la Iglesia Católica)